

LOS MADRILES

Director: Angel Pons.

Revista semanal.

Oficinas: San Bernardec, 106, pral. izq.

EUNUCOS DEL ARTE.



—Dicen que la Euse llora de verdad en escena.

—¡Ch, yo, yo también! Recuerdo que una noche, en Calatayud, me dieron un patatazo en un ojo, y me pasó la obra llorando a lágrima viva. Era un desconsuelo.

PLÁTICAS

¡esperas sacudirte el aburrimiento con las cosas que yo he de contarte, lucido estás. Más te valiera asistir a una sesión del Senado que escuchar mi

conversación. Madrid parece ahora una Real Academia; ni un suceso importante ni un acontecimiento extraordinario, nada que avive los sentidos. ¿Quieres lirismos? Buena ocasión para lirismo. La primavera no aparece y aunque yo quisiera hablarte de los retoños que verdean, del cielo que empieza a iluminarse con los colores rientes de Abril, del espacio embalsamado por las flores, no puedo realizar mi deseo.

Y eso que también yo tengo mis correspondientes metáforas. Allá va una. Las lluvias de esta semana han sido el llanto del cielo por la ausencia de la primavera. ¿Te gusta? Pues, repito. El sol anda de monos con la Naturaleza. ¡Cosas de enamorados! Duran poco las tales riñas. Las nubes se disipan y el sol después empieza a besar a la tierra. ¡Y no se hartan de caricias! Es decir, acaban por hartarse y de nuevo se enfadan y vuelta al color gris del firmamento y... hay que sacar el paraguas otra vez.

Un buen asunto para la próxima exposición de Bellas Artes. *La primavera, (aguada)*

Pero si bien se mira, mentí al asegurarte que ni sucesos extraordinarios ni acontecimientos grandes podía referirte. ¡Ya lo creo que mentí! Sabes, es la costumbre. Tengo unas aficiones políticas capaces de quitarte el amor a la verdad al mismo *sursum corda*; hay sus peligros en concurrir al salón de conferencias del Congreso. Se corre el peligro que origina la monotonía del tonto hecho carne de diputado, y además el riesgo de perderle cariño a la verdad.

Como me ha sucedido a mí. ¡Decirte que no hubo suceso importante cuando el gas del alumbrado se inflamó! Y era un gas muy bueno y muy fiel cumplidor de sus deberes. Treinta y tantos años de consecuentes servicios; treinta y tantos años de iluminar las calles, los cafés, los círculos de recreo, con puertas dobles; de iluminar la vida nocturna de los madrileños y de iluminarla sin el menor desmán, sin haber dicho nunca esta llama es mía. Por supuesto, que la insurrección del gas pudo sofocarse a tiempo. Hubo conatos de obscuridad completa; estuvo a punto la corte de las Españas de quedarse menos esclarecida que los cerebros de algunos personajes.

He procurado averiguar lo ocurrido en la fábrica del gas y lo sé todo. Competentemente autorizado por el gas mismo, puedo decir lo que pasó y voy a contarlo para contribuir al esclarecimiento de los hechos que amagaron, sin dar, al pacífico vecindario de este pueblo.

Hace tiempo que en los gasómetros se conspiraba. Desde que por

orden gubernativa se prohibió el alumbrado de gas en los teatros, comenzó el descontento a agitarse en el seno de las hullas. ¡Bastantes sacrificios se debían al gas! Haber alumbrado con una igualdad irprochable lo malo y lo bueno, para luego sufrir su destierro irritante. Pero en fin... Mientras se trató de rípios ó de desvergüenzas; de acto-

ACTUALIDADES



El general Daban.

res que dan saltos mortales ó de actrices que enseñan las piernas, el gas calló. Alguna protesta tuvo contra su alejamiento de ciertos coliseos, pero el enojo subió de tono al saber el gas que en un teatro de Madrid representaba comedias la Duse. Por supuesto, que el gas no tiene patriotismo ninguno. Porque por muy eminente actriz que sea Eleonora Duse, ella al cabo no es española, y aquí lo urgente es que se salven las actrices españolas, aunque perezcan las buenas comedias.

Ello es que el gas se inflamó porque quería gozar también del arte, que se incendió el de una cañerta y

que el gran gasómetro *no quiso secundar el movimiento*; que por tal razón tuvimos luces, que buena falta nos hacen, y que en suma, eso del incendio y lo del enfado de Daban, tienen muchos puntos de contacto. A Dios gracias ambos quedaron sofocados.

¡Eleonora Duse! Te he citado su nombre y no tengo más remedio que hablar de ella. Ante todo, declaro que yo soy muy buen español. Aquí lo primero es decir que lo de casa no tiene defectos. Después de convenido esto, me atreví a insinuarle la idea de que Eleonora Duse es una gran actriz. Llega uno a verla y se queda asombrado. El asombro es natural. Figúrate que te dijeran: Vas a ver a Cánovas y te encontraras con Bismarck.

Pues una cosa parecida ocurre, con la Duse. Te dicen: vas a ver una actriz; estas acostumbrado a ver otras y cuando contemplas la que te presentan te estremece la emoción.

Una emoción especial, esa que el génio produce; que se entra por el alma. Imperiosamente, y la domina en absoluto. Pero ahora pienso en que alguno de los amantes del arte patrio puede reprocharme esto y decirme: ¡Ella — la Duse — da gritos desaforados, manotea mucho, declama ahuecando la voz y hace desplantes a cada paso? No, tendré que contestar. Pues entonces replicará el susodicho patriota, en tres actos y en verso, esa actriz no vale la pena.

¡Vaya te duermes! ¡Mi plática no te agrada! Ay, hijo, paciencia. Otro día procuraré que te sea más agradable.

J. FRANCOS RODRIGUEZ.

Importante.

La Administración de LOS MADRILEÑOS se ha trasladado a la calle San Bernardo, n.º 106, pral., izq.ª, donde tienen ustedes su casa y adonde en lo sucesivo deben mandar toda la correspondencia.





LABORERUS

—No, amigo mío, no hay que tener lástima de esos que emigran á América. Vagor, nada más que vagor! La fuerza vive, la gente activa somos nosotros y nos quedamos aquí.

LIGA
CONTRA LA DESHONESTIDAD

MASCULINA

(CIRCULAR.)

Sr. D....

Madrid 19 de Abril de 1891.

Muy Señor mío y de mi mayor consideración: Seguramente habrá llamado la atención de V. una noticia que pocos días hace circuló por toda la prensa, y que aunque ha sido comentada con punible desénfado por la misma prensa y por muchas personas poco temerosas de Dios, se refiere á uno de esos hechos cuya frecuente repetición y eficaz desarrollo pueden solamente salvar esta sociedad relajada y corrompida.

Me refiero á la reunión celebrada en el Palacio Episcopal por varias señoras de la aristocracia para convenir en el modo de evitar que en las óperas representadas en el teatro Real se introduzcan bailables deshonestos.

Nada más digno de elogio que esa actitud; pero tampoco más ineficaz por lo que atañe á la honestidad femenina, si la campaña se emprende solamente contra la relativa desnudez de las bailarinas del Real.

Así han pensado los malévolos y deslenguados que lo que ofende á las damas es que el espectador se fije con más curiosidad en las pier-

nas del cuerpo de baile, que en los escotes con que el diablo nos tienta desde palcos y plateas.

Si las señoras se deciden á tapar las provocativas curvas y los vivientes nácares de sus bustos, á la vez que la empresa del Real se decide á alargar los trajes de las bailarinas, nada habrá que objetar contra la campaña iniciada en el Palacio Episcopal.

Pero esa campaña necesita completarse, y al efecto, me dirijo á usted, tan conocido por sus buenas costumbres y hábitos honestos, como á otros muchos justos varones de igual reputación.

Mientras las señoras se encargan de impedir que la gente de su sexo despierte nuestros carnales apetitos, nosotros debemos hacer lo propio respecto de esos hombres, poco guardadores de su pudor, que si no enseñan carnes nacaradas, exhiben y acentúan escandalosamente sus formas masculinas.

A V. y á mí no nos alarma el caso en demasia, y nuestro escándalo no pasa de ser un escándalo platónico; pero sabe V. los estragos que causa en el otro sexo la contemplación de ciertos trajes de hombre?

¿De cuántos medios se vale Satanás para perder á las infelices hijas de Eva!

Entramos en la época crítica de los circoes ecuestres y de las plazas de toros, y como en estos sitios es donde principalmente se producen los espectáculos que debemos combatir, urge que nos reunamos y empecemos nuestra campaña contra la deshonestidad masculina.

La primera reunión se verificará en el Palacio Episcopal el día 31 del presente mes, y en los mismos salones donde se congregaron las aristocráticas damas cuyo ejemplo seguimos. Así verán que nosotros no somos menos.

Allí escogeremos los medios más conducentes para lograr que los acróbatas y gimnastas modifiquen su traje honestamente. No me detendré á describirlo. Podría «dormirme en la suerte»—como dicen los taurómacos—y sería abominable que esta honrada circular contuviera cosa alguna que pudiese llevar el rubor y la alarma al hogar de V. ¿Ni para qué entrar en detalles acerca del particular, si con verlo basta? Yo he dejado de ir al Circo, porque me hacían padecer más que las desnudeces de las artistas hembras, los asaltos infernales que dá á la virtud y recato de las espectadoras (porque las hay todavía con recato y virtud) esa exhibición de torsos robustos, récias espaldas, formidables bíceps y piernas de acero, que constituye la parte principal de una diversión esencialmente pagana. Fíjese V.—como yo me he fijado—y verá que hay jamonas á quienes de pura emoción se les cae el colorate, y niñas inexpertas á quienes un color se les viene y otros se les va.

No es tan escandalosa como la malla de los acróbatas la taleguilla de los toreros; pero convendrá usted conmigo en que tampoco tiene este traje nada de moralizador ni de cristiano. Aparte de aquellas ricas sedas y aquellos bordados ostentosos, que sólo sientan bien en los manos con que la piedad engalana las devotas imágenes de María Santísima, nadie nos negará que son bien poco edificantes y ejemplares aquellos calzones tan excesivamente ajustados y aquellas pantorrillas tan... llamativas.

Cuan sabia es la Iglesia prescribiendo á sus servidores el uso del traje talar!

Ya comprenderá V. que no es este el que hemos de recomendar á los toreros; pero ¿por que no habian de salir al redondel con pantalones bombachos?

Estableciendo un «premio de honestidad» para el primero que así lo hiciera, y por otros medios análogos, llegaríamos indudablemente á conseguir que diera resultados fecundos nuestra Liga. Espero que usted se adherirá á ella; y que ante el empeño de las señoras por apartar de nuestros ojos toda la tentación femenina, estará V. conforme con el propósito de pagarlas en la misma moneda, apartando de sus ojos las varias tentaciones masculinas que hallan en los espectáculos públicos.

Para discutir este pensamiento, ampliarlo y realizarlo, solicita la valiosa cooperación de V., su afecísimo S. S. Q. B. S. M.,—CASTO VIZTABAIA, VIZCONDE DE LOS RUBORES.

Por la copia,
MARIANO DE CÁVIA.



REMOQUE

Fué aquel cabo Remoque una de las figuras más interesantes que he conocido en mi vida de soldado; alto, bien constituido, recio de músculos y duro como una correa para las fatigas de la campaña. Tenía excelentes condiciones militares y si no pasó de cabo, fué por aquella herida en el oído derecho que dió con él en tierra después de la acción de Gorriónuela, tan fatal para nosotros.

No se sabía de Remoque otra cosa sino que había sentado plaza al principio de la campaña, no por aficiones al duro oficio militar, que no le gustaba, sino más bien con aires de desesperado que optaba por aquello como podía haberse decidido por pegarse un tiro. Pero del trágico suceso que le llevara á meterse entre nosotros nadie supo nada.

Yo, que miraba con más cuidado que los otros al fondo de las cosas, noté desde luego que Remoque no procedía del terruño, no tanto por sus maneras afinadas y su conversación limpia de la basura de barbarismos, tan común en las filas, sino por las deferencias que con él guardaba el coronel, prueba evidente de que Remoque no era un cualquiera, ni había llegado al regimiento totalmente desamparado.

Pero si su venida obedeció á algo que le hiciera desesperar de las vanidades del planeta, lo cierto es que se le pasó pronto y enseñó en seguida el flaco que todos tenemos y no podía faltar en Remoque, y era su incontinencia mujeril, en el buen sentido del concepto, dado que ni él pasaba á mayores sin licencia, ni era cosa fácil vistiendo el uniforme. Cierta que su empaque le facilitaba la satisfacción del apetito, porque estaba verdaderamente gallardo con las polainas ajustadas y el fusil al hombro en las marchas, y resplandeciente de limpieza en las guarniciones, y llegó á tener las hembras de menor cuantía, y hasta alguna vez entre las de cuantía más elevada.

Sobrevino el desastre de Gorriónuela, donde, como os he dicho nos volvió las espaldas el caprichoso dios de la guerra. Todo el segundo cuerpo, verdaderamente diezclado, volvió pié atrás en aquella tarde memorable y aun no me doy cuenta de cómo pudimos pasar el puente para volver al pueblo sin dejar la mitad de la gente en el camino.

Cuando aquel día no se pegó un tiro el coronel Garrote, que vió al regimiento loco de pánico hacer de él el mismo caso que del polvo del camino, no se lo pega nunca.

Pues en el poniente fué donde Remoque, que se batía como una fiera, recibió el horrendo balazo en el oído; yo le vi y con otros cuatro le llevé á Gorriónuela, á la ambulancia del segundo cuerpo, donde el que más y el que menos tuvo que echarse un remiendo en el individuo.

En los dos meses que allí estuvimos no logré averiguar con exactitud el nombre de la hermana que nos cuidaba. En el primer cuarto de hora lúcido que tuvo Remoque, se

EL RUBOR DE LA DAMA



—¡Por Dios, don Crustáceo, yo agradecería á usted mucho no me dijera esas cosas en sitio donde pueden oírnos. Resérvelas para mejor ocasión, que yo le oiré siempre con gusto.

EL RUBOR DE LA CHULA



—Oigasté so lipendi, muerto de hambre: ¿en qué pesebre hemos comido juntos?
 ¿Nunca le han señalao á usted los dedos en esa cara prestá y retrásá?

fijó en ella con ojos de *amateur*; no era guapa, ni siquiera bonita, pero sí extremadamente simpática y con una expresión de resignada dulzura en los ojazos, negros que daba ganas de detenerla al pie de la cama y decirla:

—Mirame.

Remoque la llamaba sor Mariposa, sin duda por el aleteo de las tocas blancas cuando iba y venía, y como ninguno estaba en humor de averiguar más, con el nombre se quedó. Me parece todavía mentira que con la avería que tenía Remoque en el oído, tuviese humor de broma, pero no pasaba día sin que sor Mariposa se quedase un gran rato hablando con él junto á la cama, á lo que se prestaba humildemente, porque cuando tardaba se le encendía el genio á Remoque y empeoraba.

Yo fui alta á los veinte días, pero obtuve permiso para quedarme con el cabo, y entonces supe que no tenía remedio, aunque el trágico final se haría esperar, como así fué, pues tardó cerca de dos meses. Pues bien, en estos dos meses le entró al pobre Remoque una pasión de ánimo increíble por aquella pobre mujer, hasta el punto de enterarse el médico y disponer que se fuese á otra sala, pero hubo que traerla al día siguiente, porque Remoque se negó energicamente á tomar nada que no viniese por su mano y juró como un carretero, y tan sería se puso la cosa, que ella mismo vino visiblemente apenada por lo que sucedía.

A los cincuenta días de la herida se vió que Remoque no llegaba al cincuenta y uno, y hubo que disponerle para que se confesase. Yo se lo dije con miedo por que sabia que consideraba aquello como una pampina, y me contestó que no hacía falta. También el pater se lo dijo y le contestó lo mismo, y ni aún el coronel le sacó de su negativa. Le dejamos solo con sor Mariposa, con profunda pena de ver que en aquel trance se ocupaba más de las cosas de aquí abajo que de las de arriba, pero luego supe que aquel indomable Remoque consentía en confesarse si ella á su vez consentía en dejarse besar, un beso solo, nada más que uno. Se apartó de él la pobre mujer casi llorando, y se quedó Remoque muy exaltado y diciendo lo indecible de buen número de cosas muy respetables.

Dijo el médico que moriría con aquel acceso de ira antes de media noche. Vi entonces que la hermana se iba á un rincón á rezar, á lo que me pareció que se acercaba luego á la revuelta cama de Remoque y le hablaba con extremada dulzura. Remoque no debió convencerse, y entonces ella se puso de rodillas con el rostro á la altura de la almohada y se dejó dar un beso, uno solo, como él había pedido, pero tan ansioso y vehemente que sonó como un estallido en toda la sala.

Se confesó tranquilo y sin dificultad luego, haciendo señas con las manos para que ni ella ni yo nos fuéramos; no nos movimos, yo muy apenado á su lado, ella al otro en actitud triste y dolorida, y antes de



—Caramba y como se parece á mi difunto. Antes de ser difunta, por supuesto.

media noche vimos que Remoque, con los ojos fijos en el techo, sósegado ya, rompía el sutilísimo lazo que unía á su carne el espíritu, libre ya de las impurezas de la tierra.

FEDERICO URRECHA.

PELANDO LA PAVA.

—Ay, qué angustias, Bernardo!— gimíó, apenas llegó á la reja, Rosalía.—Pisando sobre la voluntad mesina pa no jacer ruío, ni se cómo llego á echarte los ojos encima.

—Y ganas que habia yo raunío de cruzar los miós con ellos!

—Si lo dices con sorna, sabe que no es mía la culpa.

—No digo que la tengas, pero en días del mundo te alvierto que esto no pue seguir así.

—Pues ya lo ves tú. A pesar de que mi padre se opone á que nos queramos, corro estos peligros por verte.

—Duro es tu padre y cabezón, pero ya sabes la copla que dice:

Una gotera continua
abianda un duro peño.

Quió decir que, puesto que vo aino aina, también tú y ganate palmos y terrenos.

—En ello tengo los cinco, pero con mi padre no valen razones; na puen lágrimas contra piedras.

—No me quít por pobre, ¡el, que marca por suyo cuanto mira! Pero aunque me cubre jergueta, que no fino vestío, y no traigo justillo jaquelao, traigo sí quererés jondos y verdaderos.

—Lo sé de sabio y no es menester repetirlo; pero ve con esas á mi padre.

—Pues ello es que hay que ganar terreno.

—Tú dirás cómo.

—Estar en un pie es padre del conseguir, y el que vela, con más razón espera que el que duerme.

—Muy á lo sabio pláticas y asoti-

(1) Del libro «La Reja», próximo á publicarse.

las la mente, pero te digo que encaja tu discurso.

—Pues por las veras del amor que te tengo te lo juro; no por buenos respetos á tu padre he de dejar de jacer una temerá si la cólera me se sube á los altos.

—Eso sí que no lo consiento.

—Si se empeña en no dejarnos vivir, te digo que jaré lo que síifico.

—Ay, Bernardo! ¿Cuándo llegará

ACTUALIDADES



Cab. Flabio Andó.

DE LA COMPAÑIA DE ELECCIONA DUSE

el día en que esto se dé por finió en bien.

—De ese talle me viera, que no aquí de solo á solo y con la reja pro-medio. Mas, cuando me paeca... que no eres conmigo la mesma.

—¿Que no soy! ¿Por quién sino por ti salgo á la reja, cuando mi padre me la tiene prometia?

—Pos una cosa via ecrite.

—¿Qué?

—Que tengo entre ojos... vamos, que creo que no me quies como ántes.

—¿Jesús Maria!

—Dicho está y no me retrato.

—Días de ver á Dios hay, Bernardo, y entonces has de saber cómo te quiero.

—Mientras que aquí no sea...

—¿Qué más quieres que jaga?

—Soy un jauto, lo sé; un jibaro apegao al terruño y no á la letra, como esos presumios que te enamoran con gusto y venia de tu padre.

—¿Y qué me importan á mi esos?

—El uno, Antolín, ata el caballo á tu reja enterrao en jaeces y abalorios, y el otro, con el achaque de primo vengo y te veo; con el aquel de que tu tia gusta oír las gracias de primores, éste se te entra por las puerta y venga de la fable.

—No hay peligro en na de eso, Bernardo; si el uno ata el caballo á mi reja y el otro viené á dejarme sus decires en el oío, á mi quien me gusta eres tú, y antes que vestir jame y tener los tantos y los cuantos prefiero tu pobreza y el cariño que en ley de Dios me tienes.

—Si que te lo tengo. Jaz tú como yo, que me abrazo á lo que quiero y no lo suelto.

—Ya sabes que en ese punto tampoco me deajo vencer.

—Pos toma bien da memoria lo que digo: tu padre pone los ojos, antes que entí, en la pecunia. Primores, su yivir tiene y su puñao de onzas, manque al hablar no tenga mas que chanfaina; Antolín, por el caballo que monta y por las seas que le cuelga, bien se ve que también le tocó algo de hacienda, si no es que le tocó mucho. Yo soy el que no he tener en la via cosa de argén, porque un puñao e tierra y una barca no jacen la suerte de naide; conque ersamina tu este juicio á ver lo que risuerves.

—Resolvío lo tangodenda tiempo; naide vale pa mi ante tú; y si mi padre me enfada la via y no me quita lo amargo de la boca, lo llevaré con pacencia, pero seguire esperando á que esto puea acabarse en bien.

—Pues ello es que hay que etermi-nar casarse.

—¿Sin la cosentia?

—Escansa en mi, que, como saco palante la raya del arao, sacaré esto también derecho.

—¿Piensas en un sacorio?

—Acertates. ¿Qué ices á ello?

—Sería una campana en el pueblo.



CANTAR

«¿Por dónde vas á missa, Soled, que no te reeoc?»
Soled..»

—Y gorda, pero hay que tener pecho.

—Es que eso es escaparse de la casa.

—Si, pero en siendo deposita, y viniendo por tí, en caballos que bien juyan, padrinos, testigos y el juez...

—Con tó, piénsalo bien, Bernardo. A la fin del munco iría yo contigo en tú queriendo, pero ya sabes las jablillas lo que son, y además que, si por mí padre menos, por mi madre, que no tiene culpa, no quió comportarme asine. Luego...

—Luego ¿qué?
—Qué me parece... vamos, que me parece que eso no lo manda Dios.

—Dios es quién lo dita cuando contra lo que es güeno y santo se oponen hombres como tu padre.

—Pero es mi padre al fin.
—A los perros mesmos lo echaría yo, manque así sea.

—Armame de pacencia, Bernardo. Yo soy de ese corte y así ne. Me pisan callo; pero en la indinación sintiendo, estrangalaría al Pleste mesmo de la Indias si á mano lo hubiera.

—Menos mal tú que no oyes su cantata.

—Bien que la ovo, pero po un oio me entra y po otro me sale. Y escucha, que yo llevo puesta la mira en lo que importa: pa risolvete á ejar la casa tomate los dias que quieras, no siendo muchos; y si lo que risuelves es lo que debes, sábate que escomienzo á preparar el sacorio pa que sea en las fiestas e la Virgen.

—Es que estamos en visperas, y las cosas jechas de prisa mal salen; más vale revinayo, Bernardo.

—Revinayo y más que revinayo lo tengo. Con la casucha mia hay pa que los dos vivamos, y a mi agüela debo la fineza: por otra parte, mi jornal, ganac con la barca, da pa el garbanzo y el pan; conque, si tu no lo ices, no veo más cabos que atar.

—No parece sino que algo te ataraza.

—Así es y dígolo así.
—¿Qué te pasa? Jabla.

—Mil fantasias celosas me con-turban.

—¿Vuelves al tema?
—Y volveré.

—Pues ¿sabes lo que digo? Que no me entones más ese ensalmo y que vacies de pantasma la cabeza.

—Es que traes al redopelo toas las voluntaes y memorias, y aunque sea sin querer se fijan en tí mozos y viejos.

—Trabajo les doy en que miren.
—Pues eso es lo que no quiero.

—No me des más tartago con ese son, hombre.

—Tartago y muerte daría yo á quien te tocara á la vira del zapato.

—Si quieres, créeme; toma pacencia y no me desmenuces así con los ojos; to sa de arreglar como deseas.

—Pero que sea pronto, Rosalia, piénsalo.

—Lo pensaré. Y adiós, que escomienza á clarear el cielo y no quiero que nos vean en la reja.

—¡Mal rayo parta al día, que siempre ha de venir antes de tiempo!

Y desembocando de pronto en la calle la parranda, que durante el diálogo estuvo sonando á lo lejos por distintos sitios, cortóse la plática amorosa y quedó desierta la reja.

Bernardo se deslizó apresurado rozando las plantas del muro; Rosalia hizo otra vez instintivo balanceo con los brazos al empezar el regreso á su cuarto; y el propio Primores, que venía al frente de todos los mozos arrancando arabescos de notas á las cuerdas, dió al aire esta copla dirigida á Rosalia, que salió de sus labios envuelta en un andaluz jaez de escalas y suspiros:

Para llamarme Primores
no jayo ningún derecho;
para primores tu cara,
y para ingrato tu pecho.

SALVADOR RUEDA.

Sébase que hemos perdido á Eduardo Navarro Gonzalvo, no porque haya muerto, afortunadamente, que hombres como él no deben morir, si no porque ha dejado de dirigir LOS MADRILES.

Y sébase también que no es nuestra la culpa, sino suya, mejor dicho, ni nuestra ni suya. Navarro Gonzalvo es, entre otras cosas, vecino de Madrid, padre de familia, jurado suplente, y algo más, pero es, ante todo y sobre todo, autor dramático. Pues resulta que mientras ha dirigido con superior acierto este periódico, apenas si ha escrito una comedia ú dos, de donde resulta un desequilibrio sensible en su presupuesto. Y como, aunque á ustedes les parezca mentira, dirigir esto tiene más bemoles de los que parece y consume más tiempo que un discurso de Fabié, Navarro Gonzalvo vuelve á hacer comedias, pero sin dejar de dar á LOS MADRILES las migajas de su envidiable ingenio.

De modo que lo que salimos perdiendo por este lado nos lo hará ganar Navarro en el teatro, y *pata*.

¿A que no podríamos decir lo mismo de Cañamaque?

LOS MADRILES.

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA EN COLORES.
Número corriente, 15 cénts. Atrasado 25.
Madrid y provincias: Un año, 9 ptas.
Seis meses, 5.
Extranjero y Ultramar: Año, 15 ptas.
Se publica los sábados. Pago adelantado.
Se suscribe en la Administración y principales librerías.



ÚLTIMA HORA

Se espera de un momento á otro se altere el orden público.

ARTICULOS DE CASAS RECOMENDABLES DE MADRID.

CHOCOLATES DE MATÍAS LÓPEZ.

Madrid.—Escorial.

Elogiados por toda la prensa del globo, y premiados con 36 medallas de oro y Diplomas de honor.

VENTA DIARIA: 7.000 KILOS.

Basta probar estos especialísimos chocolates una sola vez para darles la preferencia entre todas las clases conocidas.—Exijase la verdadera marca.

De venta en todos los Establecimientos de comestibles de Madrid y provincias.

Depósito central: Montera 25.—Oficinas: Palma alta, 8, Madrid.

SOBRINOS DE GUINEA.

GRAN CONFITERIA Y REPOSTERIA
Carretas 27 y 29.

Dulces, bombones, ramilletes, tartas.—Veinte clases de caramelos especiales de la Casa.

Caprichos para bodas y bautizos.

Jamones en dulce de todas clases, salsichones, etc.—Vinos blancos.

Pasteles à 1'50 la docena.

Teléfono 142.

LA ESPAÑOLA.

Gran Fábrica de Chocolates.

Pedir siempre esta marca, la más acreditada de España, por la bondad de los artículos empleados para su elaboración.

PASEO DE ARENEROS 38.

Para toda clase de encargos, órdenes y avisos, dirigirse:

4, Preciados, 4.

RELOGERIA.

MONTEIRA 11.

Remontoirs níquel, desde..... 11 ptas.
Remontoirs acero, desde..... 14 ptas.
Roskoff níquel, desde..... 30 ptas.
Remontoirs plata, úncora, desde.... 24 ptas.
Remontoirs plata, señora, desde.... 22 ptas.
Remontoirs acero, señora, desde... 20 ptas.

Cadenas desde 75 céntimos.

Pastillas y pildoras azoadas

para la tos y toda enfermedad del pecho, tisis, catarros, bronquitis.

A media y una peseta la caja.

Van por correo.

Café nervino medicinal.

Maravilloso para los dolores de cabeza, jaquecas, vahidos, epilepsia, parálisis, debilidad.

A 3 y 5 pesetas caja.

Van por correo.

Pildoras Lourdes.

Es el mejor purgante antilítico y depurativo.

A una peseta la caja.

Van por correo.

Impotencia, debilidad.

Curá segura con las célebres pildoras tónicas genitales del Dr. Morales.

A 2'50 pesetas la caja.

Van por correo.

Venta en las principales boticas y droguerías.—Depósito general: Carretas, 39.—Dr. MORALES.

CARLOS AUBERT

LAS NOVELAS AMOROSAS

Publicación de gran lujo, con ilustraciones en colores y cubiertas al CROMO EN CATORCE TINTAS.

2 pesetas cada tomo.

Se venden separadamente porque cada uno contiene dos ó tres novelas completas.

GÓMEZ DE AMPUERO

ICON VERLO BASTA!

NOVELA FESTIVA

Un tomo con ilustraciones y cubierta en colores.

UNA PESETA.

LIBRERÍA

DE LA

VIUDA DE POZO, É HIJOS

Obispo, 55, Habana.

Agentes en Cuba para la suscripción y venta de

LOS MADRILES

COMPañÍA COLONIAL

Chocolates y cafés.

La casa que paga mayor contribucion industrial en el ramo, y fabrica

9.000 KILOS DE CHOCOLATE AL DIA.

38 MEDALLAS DE ORO y altas recompensas industriales.

De venta en todos los Establecimientos de comestibles.

DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 18 Y 20—MADRID.

Anuncios para esta plana y para los telones, vestibulos, exterior y respaldos de butacas de los teatros de

Apolo, Martin, Infantil, Eslava y Felipe,

AGENCIA DE PUBLICIDAD

MONTERA 51.